

LA MUJER PROFESIONAL

BLANCA FRISCH AVENDAÑO
CECILIA AVENDAÑO ZATARAÍN

Av. Universidad No. 1330-301"A"
Col. Del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100
Tel. y FAX: 659-01-50

La mujer que trabaja desempeña un papel importante en el progreso de México porque representa una fuerza viva en producción. Sin embargo, sólo un reducido grupo de mujeres trabajadoras tiene conciencia del valor positivo de su labor; en su mayoría trabajan para satisfacer necesidades económicas apremiantes y desempeñan sus tareas con profundo sentimiento de autocompasión, pensando que realizan un sacrificio que no corresponde a ellas efectuar.

Sus lamentaciones son justificadas ya que, de acuerdo con nuestras normas sociales, si a la mujer se aplica el lugar secundario y marginal que ocupa en relación con el hombre, éste debería aceptar, a su vez, la obligación de solventar las necesidades de la mujer y del hogar que con ella forme; pero en muchos casos el hombre abandona a la mujer; en estos casos, es la mujer la que debe hacerse cargo de todas las obligaciones en el sostenimiento de su hogar. El número de madres solteras y de esposas abandonadas que no cuentan con el apoyo del hombre alcanzan en México cifras insospechadas.

En la clase media encontramos mujeres que trabajan por carecer del apoyo masculino, pero hay también quienes lo hacen, ya porque desean mejorar su estándar de vida y el de sus familiares; si casadas, ayudan al marido con los gastos menores, añadiendo confort al hogar o proporcionando a sus hijos paseos y distracciones.

En la alta clase media encontramos mayor número de mujeres trabajadoras pero, en cambio, son las que trabajan más por la satisfacción personal que el hecho en sí les proporciona, que por la compensación económica que perciben; disfrutan en toda su

plenitud de la agradable sensación de saberse útiles y trascendentes. Este grupo de trabajadoras, que han alcanzado el más alto nivel como tales, es bien reducido, aún cuando va en aumento; se trata, por lo general, de profesionales cuyo campo de acción se ensancha día a día.

Nos referiremos a la llamada “profesionista”; nombre que se ha dado en usar, incorrectamente, para señalar al individuo –hombre o mujer– que ha hecho estudios universitarios, obtenido título en alguna rama de la ciencia y que puede ejercer, o no, su profesión; esto se hace para distinguir del profesional de algún arte, oficio o deporte, al que se ha dedicado exclusivamente al estudio.

Pues bien, este tipo de mujer profesional, ha superado por su más alta cultura muchas de las limitaciones espirituales que agobian a la mexicana; las fallas que todavía le encontramos se deben evidentemente al hecho de que empieza a desembarazarse del pesado lastre de prejuicios y costumbres que ha cargado la mujer durante siglos. Su camino no es fácil; ha tenido que librar duras batallas antes de llegar al lugar que ocupa; los obstáculos que se le han presentado son infinitos y el principal es el medio ambiente.

En sus primeros intentos de seguir carreras que se consideraban adecuadas sólo para hombres, la mujer tuvo que sufrir verdaderas penalidades. En años no muy lejanos era víctima del escarnio masculino y la crítica femenina; del desinterés de maestros y, en muchas ocasiones hubo de luchar hasta contra la opinión de sus propios familiares. La profesional madura de hoy recuerda aún estos hechos que la hirieron y podría contarnos infinidad de anécdotas en las que se refleja el pobre concepto que la generalidad tenía de la mujer profesional hasta hace poco tiempo.

Sin embargo, gracias a estas valerosas luchadoras, la opinión pública ha cambiado favorablemente por los resultados, algunos magníficos, que han mostrado. La estudiante de hoy es alentada por padres y maestros, respetada por sus compañeros y no sufre,

como su antecesora, la oposición que ésta tenía a sus aspiraciones. Pero debe aclararse que existe una gran diferencia entre la estudiante y la profesional que ejerce. Aquella encuentra facilidades y estímulos, ésta topa con serias dificultades en su nuevo medio.

Entre las mujeres profesionales encontramos tres grupos bien definidos: el de mujeres que estudiaron simplemente por hacer algo de provecho durante sus años juveniles y cuya única aspiración al respecto fue lograr un título como premio a sus buenas dotes. Estas mujeres, por lo regular, no apuntan su interés a la profesión porque éste ya estuvo dirigido desde mucho antes hacia otro objetivo principal: el matrimonio. El título significa para ellas una especie de seguro o resguardo que se tomó con miras futuristas hacia posibles fracasos matrimoniales o económicos. De cualquier manera, estas mujeres, conscientes de sí mismas y ya cultivadas, tienen grandes probabilidades de éxito en su matrimonio; sus hijos salen muy beneficiados. Si no triunfaron en su carrera fue porque se abstuvieron de entrar a la lucha; pero ello no significa que sean incapaces de llevarla a cabo cuando lo decidan.

Otro tipo de mujer profesional, muy común, es al que pertenece la mujer que ejerce su profesión con fines meramente lucrativos. Entre ellas se encuentran muchos elementos de valía; pero otros realmente mediocres; mujeres llenas de complejos que ni su cultura ni sus esfuerzos han podido arrancarles. Es ésta la mujer que desde un principio se dio por derrotada; la que piensa que, por ser mujer, nunca tendrá las oportunidades del hombre y culpa a éste de sus fracasos.

Esta profesional se ve casi siempre relegada a un empleo mal remunerado o ejerce en lo particular dentro de un radio muy reducido; en realidad fracasa por su escepticismo, por su falta de fe en sí misma, por su escaso coraje para luchar por sus ideales. Estas mujeres siguen su profesión más por necesidad que por verdadero amor a la misma; cuando se casan y siguen ejerciendo, la tarea se les vuelve sumamente pesada. Sobre

este punto Simone de Beauvoir dice: "Muchas de estas mujeres se casan y continúan trabajando más por razones económicas que por el deseo de hacerlo. Se convierten en trabajadoras al servicio del Estado o de empleos particulares, explotando así una profesión en la que no logran triunfar..."¹

Encontramos luego el tercer grupo de mujeres profesionales, el más reducido, formado por mujeres rebeldes, idealistas, batalladoras, inteligentes y tenaces, que logran sobrepasar a sus compañeras y destacan en su profesión, a la que aman apasionadamente. Estas son las mujeres que realmente luchan contra la corriente, pues entran al terreno del hombre en plan de competencia.

La estudiante, como prospecto, es bien vista y alentada; la mujer que abandona su profesión por el hogar es admirada; la que, ejerciendo, no logra triunfar, tolerada; pero la que se sabe capaz y lo demuestra, la que se lanza sin humildad y segura de sí misma, con su bandera de igualdad en lo alto, sin complejos de inferioridad con respecto al hombre; la que, como él, trasciende, esa disgusta profundamente. Disgusta aún cuando se le reconozcan todos sus méritos, aunque en muchas ocasiones se le admire sinceramente. Para estas luchadoras es más hostil el medio que para cualesquiera otras y ello porque, aparentemente, han renunciado a su propio sexo para tomar o prestarse el ajeno.

Aquí existe un profundo y grave error de quienes las juzgan porque éstos enjuician a la mujer, no al individuo; antes que sus capacidades buscan su feminidad. Son, pues, malos jueces que se dejan guiar por la forma o apariencias de sujeto cuando lo que se está sometiendo a juicio es su obra. No debiera importar, respecto a estas mujeres, sino el resultado de sus esfuerzos.

¹ Simone de Beauvoir. El segundo sexo.

Tanto por la dedicación que su trabajo requiere, como por esta falta de simpatías que tiene dentro del medio en que vive, la mujer profesional que triunfa es casi siempre soltera; las atenciones y cuidados que el matrimonio requiere obligan a esta trabajadora, si verdaderamente desea el éxito en su profesión, a renunciar al matrimonio o, al menos, a la maternidad, contrariando así sus instintos naturales.

Se evidencia aquí claramente lo caro que cuesta a la mujer el realizarse. Mientras el hombre puede dedicarse a su profesión y al mismo tiempo disfrutar de un hogar, la mujer tiene que renunciar a cualquiera de estos dos objetivos, pues no ha podido aunar todavía con éxito el hogar y el trabajo. Existen casos, desde luego raros, de matrimonios felices en los que ambos cónyuges se ayudan y estimulan en sus respectivas carreras y en los que la mujer goza plenamente de satisfacciones en su trabajo y en su vida sentimental; pero tales casos no se presentan sino como excepciones; por lo regular la mujer que trata de adquirir los dos logros fracasa en uno o en el otro y, a veces, en ambos.

Llegan, pues, estas profesionales, a sentirse frustradas y, como toda persona que sufre la hostilidad del medio, se vuelven individualistas. Como no están exentas de errores –ya hemos dicho que este tipo de mujer se halla en proceso de evolución- se dejan llevar con frecuencia por un sentimiento de superioridad sobre sus compañeras de sexo y aún sobre el hombre, que las hacen antipáticas. Difícilmente ocultan su desprecio por el hombre común, guardando su admiración sólo para el excepcional; pero como el tipo masculino mayoritario es el común, su conducta aparece ingrata a los ojos de los demás.

Muchas de estas mujeres pierden, efectivamente, características externas de feminidad. Su severidad en el vestir y en el porte les roba la gracia femenina a que el hombre está acostumbrado; las hay que visten así por comodidad, pensando que lo que más vale en ellas es su talento. Otras, lo hacen premeditadamente buscando ante todo el respeto de los subordinados.

Como gran número de profesionales son mujeres solteras, se ha pensado que su soltería se debe principalmente a que la mujer, al adquirir cultura y dedicarse a trabajos intelectuales, pierde feminidad. Este juicio es equivocado, desde luego, pues hay que tomar en cuenta que en estas mujeres el gusto amoroso se ha vuelto más selectivo. Una mujer cultivada no acepta fácilmente el amor de un hombre ignorante o rudo, ni a éste le satisface el de ella. Es preciso en el hombre una clara inteligencia o una elevada cultura para que despierte el interés de este tipo de mujer.

El destino matrimonial de la profesional debería ser otro profesional, de preferencia en su misma rama, pues ya se ha visto que son éstos los matrimonios mejor organizados.

El principal defecto de la mujer que triunfa en su carrera es el orgullo que siente de sus propios méritos y el cual le acarrea dificultades cuando lo manifiesta. Como el rico nuevo que exhibe sus riquezas buscando no tanto deslumbrar con ellas, sino el reconocimiento de los otros a su habilidad para adquirirlas, así la mujer que logra destacar quiere que se le reconozcan méritos que verdaderamente tiene y ante los cuales ella es la más maravillada. No esconde, pues, un complejo de inferioridad, en cuanto al sexo, que resalta tanto más cuanto mayor exhibición de sus talentos hace; ella misma, al considerarse una mujer excepcional, está demostrando que no es el sexo femenino, sino ella, la excepción, quien es capaz de alcanzar grandes altitudes.

Más, a pesar de sus deficiencias, la mujer profesional es el más alto exponente de la mujer mexicana y en la que ésta cifra su reivindicación total.

Para apreciar en su verdadero valer a esta mujer debemos tomar en cuenta el esfuerzo que ha necesitado desarrollar, muy superior al del hombre, porque como quedó dicho, ella no sólo ha tenido que vencer las dificultades propias de los estudios y del abrirse paso dentro de la profesión; aparte se ha obligado a librar tremendas batallas contra sí misma y contra el medio social; ha tenido que reeducarse, desprenderse de

perjuicios, complejos y atavismos propios de la mujer y de la mexicana en particular, y adquirir por sí misma fuerzas y armas para una lucha en la que nunca había entrado.

Parece injusto y cruel que esta mujer se vea, por el simple hecho de querer ser ella misma, censurada y obstaculizada constantemente –no hay error ni debilidad que se le perdone–; que se la deje sola, incomprendida, vacía de estímulos sabiendo que al final de su vida encontrará sólo la indiferencia de sus semejantes cuando, en realidad, su obra es grandiosa. La reivindicación de la mexicana que está efectuando gracias a su fortaleza, a su inteligencia y sacrificios, es inapreciable; no importa que no tenga conciencia exacta de la misma. Debido a ella la mexicana tiene en qué fundar sus argumentos sobre que, si se le da la oportunidad, puede demostrar sus innegables capacidades intelectuales.

Tal parece que el hombre mexicano aún no ha evolucionado lo suficiente para apreciar en su verdadero valer a esta luchadora; aún el mismo intelectual huye con frecuencia de esta mujer, demostrando con ello que tampoco tiene mucha seguridad en sí mismo.